

DAULTE RE-MASTERIZADO

Linda Fernández

La felicitat, escrita i dirigida per Javier Daulte. Traducció: Víctor Muñoz. Intèrprets: Anna M. Barbany, Clara Segura, Francesc Lucchetti, Jordi Rico i Joan Negrié. Veus: Pere Molina i Sandra Manclús. Disseny de l'escenografia: Ariane Unfried i Rifail Ajdarpasic. Disseny d'il·luminació: Txema Orriols. Disseny del vestuari: Marian Coromina. Música original i banda sonora: Joseph Sanou. Coproducció del Teatre Romea i el Festival Grec de Barcelona. Teatre Romea, 27 de juny de 2006.

¿Qué es la felicidad? ¿Dónde se busca y con qué medios?

Una reflexión sobre la validez de los medios para alcanzar fines es *grosso modo* lo que propone este montaje extraño y arriesgado de Javier Daulte.

Una de las características más interesantes de este director en pleno auge, es su manejo de la ciencia-ficción y los sucesos extracotidianos en su teatro, cosa que no es muy común ver en los escenarios; con montajes como *4d òptic* demostró que para hacer una buena ciencia-ficción en teatro, no hacen falta muchos recursos, ni siquiera efectos especiales, sino imaginación; esto ya lo había demostrado con maestría en el cine Andrei Tarkovsky con *Stalker* (1979), pero muy poca gente se ha arriesgado a abordar el tema en los escenarios.

En *La felicitat*, Daulte exprime más la fórmula que le ha dado el éxito, llevándola a extremos peligrosos que rayan los límites entre un teatro «experimental» y un teatro «profesional», lo interesante sería saber si Daulte está buscando nuevas maneras de hacer o si la vertiginosa subida a la fama le ha obligado a presentar un espectáculo de gran presupuesto pero poca elaboración. Nos muestra una obra con una decoración sumamente tradicional, costosa e igualmente inútil para los propósitos de la misma, mientras que en *4d òptic* nos había sorprendido con una abierta apuesta a la imaginación del público que debía rellenar aquellos espacios que la escenografía dejaba incompletos, actitud, esta última, mucho más cercana a la tradición teatral que no los recursos cinematográficos a los que alude en este nuevo montaje desde su mismísimo inicio. Con los créditos sobre una pantalla al modo de los de cine, Daulte se arriesga, pero se arriesga con situaciones y escenas que van más allá de la ciencia-ficción y rallan ámbitos que en su tratamiento son cuestionables, descontextualizando al teatro de su entorno propio, lo cierto es que la obra se hace pesada, de manera que pasajes que podrían ser deliciosos, se vuelven insufribles.

Las situaciones que propone Daulte son ingeniosas y el montaje (muy probablemente aposta) rebasa la farsa para rayar en el esperpento rompiendo con los esquemas teatrales y deja al espectador estupefacto ante lo que ve: una Rosa aniñada y exuberante, con una mente afilada y unos vestidos cursis y mojigatos, perversa y controladora, capaz de manejar a su antojo a quien la rodea; unos padres débiles, sumisos y quizá perversos también, ya que por un lado

parece que están totalmente controlados por Rosa pero al mismo tiempo ejecutan su papel con eficacia y placer; un sirviente, robot, teléfono, que parece sacado de *Los Jestsos* (Hanna-Barbera Productions, 1962), y que le da al montaje un toque de intemporalidad entre futurista y «retro». La pregunta al final del primer acto, entre tan embolicada trama puede ser: ¿quién maneja a quién?, ¿qué busca cada uno?, y cuando llegamos al intermedio y pensamos que resolveremos el misterio nos encontramos con un segundo acto en donde el autor da un giro de tuerca tan enrollado que lo que debería ser hilarante hasta el exceso, se convierte en una pesadilla infernal, con guerrillas urbanas que oscilan entre *Mad-Max* (George Miller, 1979) y *Matrix* (Larry y Andy Wachowski, 1999), una escena «médium musical» que parece sacada de la comedia *Beetlejuice* (Tim Burton, 1988), entre otros disparates.

La mezcla no deja de ser interesante si bien excesiva, pero acaba siendo un muestrario de fragmentos y referencias, de citas y guiños al refrito de un lenguaje cinematográfico que encuentra en sus mejores exponentes películas como *Kill Bill* (Quentin Tarantino, 2003-2004). En el teatro se puede hacer ciencia-ficción, y seguramente algunos otros géneros que sería interesante explorar como el terror, el gore, lo erótico, por sugerir algunos. Pero no se puede querer equiparar el teatro con el cine o querer competir con él, son artes con lenguajes diferentes y con posibilidades distintas y, ése es, me parece, el gran fallo de Daulte en *La felicitat*.